

RESEÑAS

Simón Rodríguez. *Sociedades americanas en 1828. El proyecto editorial con las cinco ediciones facsimilares que constituyen el corpus de la obra clásica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2018. 521 pp.

Bajo el sello de la UAM, el grupo de investigación “O inventamos o erramos”, integrado por especialistas de distintas universidades mexicanas, ha publicado una magnífica edición crítica de *Sociedades americanas en 1828*, el proyecto intelectual más ambicioso de Simón Rodríguez.

Suele decirse que la figura de Rodríguez se ha visto opacada por la fulguración de Bolívar, su discípulo; también, que la radicalidad de sus planteamientos sumió la recepción de los mismos en una niebla de prejuicios e incompreensión. Como sea, lo cierto es que, salvo contadas excepciones, nuestra historiografía no ha sido plenamente justa con Rodríguez. Ese hombre, a quien Bolívar calificó como “el más extraordinario del mundo”, no es el clásico vivo que pudiera y debiera ser. La aparición de esta edición es un acontecimiento que ayuda a remediar la insuficiencia: si Rodríguez es un clásico, es imperativo conocerlo bien; difícilmente pueda avanzarse en dicho afán si no se cuenta con ediciones adecuadamente establecidas de

sus textos, y con asedios que permitan jalonarlos con precisión.

Lo anterior vale especialmente para *Sociedades americanas en 1828*. Se trata, en efecto, de una obra en extremo singular. Primero, por su carácter inconcluso. Obra-proyecto, existe, ante todo, como sucesión de tentativas truncadas: planes, bocetos, introducciones, fragmentos, alusiones. Segundo, por sus características formales. Acudiendo a ingeniosos artilugios tipográficos que conocía bien gracias a sus años de tipógrafo en Baltimore, Rodríguez procuraba “pintar sus pensamientos” de un modo que sabía original y que hoy continúa sorprendiéndonos: dicho afán late en todas las tentativas que conforman el proyecto de *Sociedades americanas*, siendo una de las principales razones que solicitan su reproducción facsimilar. Tercero, por la rara mezcla de sinceridad y (auto)ironía por medio de la cual Rodríguez busca constantemente explicar (y explicarse) las dificultades asociadas a la publicación y a la recepción de unas ideas como las suyas. De hecho, para el lector actual, la ausencia de los volúmenes que Rodríguez prometió y dejó inéditos/irrealizados se ve en parte compensada por la riqueza de unas consideraciones que permiten apreciar facetas cruciales del proceso de creación intelectual, de las peculiares expectativas y ansiedades impli-

casas. No hay, por tanto, modo de sobredimensionar cuán relevante es contar con una edición crítica integral, adecuadamente secuenciada y superadora, de esta obra-proyecto. Sin menoscabo de su relevancia, las ediciones precedentes –la de 1975, dentro de las *Obras completas* organizadas por Alfonso Rumazo, y la de 1990, en el marco de la prestigiosa Biblioteca Ayacucho, bajo la responsabilidad de Óscar Rodríguez Ortiz– no favorecían la adecuada apreciación de la trabajosa forja referida, de las tortuosidades implicadas. Y da la impresión de que, en un caso como éste, apreciar esa forja y esas tortuosidades es tan importante como tomar contacto con el ideario del autor.

Ningún itinerario intelectual es, en principio, fácil de seguir; el de Rodríguez no es la excepción a esta regla. Por el contrario, su condición casi nómada y la naturaleza de sus peripecias fueron dejando vacíos documentales y enigmas biográficos que de manera constante dejan al estudioso entre el desconcierto y la fascinación. De los más de ochenta años que vivió, Rodríguez pasó casi un tercio fuera de Sudamérica: un par en los Estados Unidos y más de veinte en Europa, varios de cuyos países conoció bien. Tras retornar a Sudamérica en 1823, se reencontró con Bolívar (1825), residiendo luego en varios países: la recién creada Bolivia, Perú, Chile, Ecuador. Una vida “apta” para la novela, para el cine...: revisando los testimonios se lo sorprende traduciendo *Atala* cerca del padre Mier; en París, con Bolívar, el día de la coronación de Napoleón; en Roma, de nuevo con Bolívar, ascendiendo al Monte Sacro; en la

lejana Rusia, a cargo de una escuela; en el Sur del Perú, cabalgando junto a Bolívar, poco después de Ayacucho; llegando a Lima, apenas con un caballo y un violín; en territorio Mapuche, viviendo cerca del río Itata; urdiendo planes con Bilbao y otros radicales chilenos; cerca del lago Titicaca, viviendo en una choza en compañía de una “india”...

Es sabido que en el ideario de Rodríguez palpitaban el horizonte de un verdadero republicanismo para nuestros países, la puesta de relieve de las “bases materiales” para el ejercicio genuino de la libertad, el acento colocado en la necesidad de elevar el nivel de instrucción y educación de las masas populares, la propuesta de colonizar América no con inmigrantes, sino con sus propios habitantes, la noción según la cual era en América donde todo eso podía y debía hacerse (inventarse), la postulación del “sincolombismo”, precursor de los afanes de integración. En su opinión, era absolutamente prioritario ocuparse de los niños pobres: ellos “son” la Patria. Es justamente en esos acentos y entrecruzamientos donde adquieren concreción sus “atenciones de futuro”.

La edición crítica que ahora comentamos está integrada por seis volúmenes. Cinco corresponden a las sucesivas versiones/ediciones del proyecto de Rodríguez: Arequipa (1828); Concepción (1834); Valparaíso (1840); Lima (1842); Lima (1843). Cada uno de los cinco volúmenes ofrece la reproducción facsimilar de las tentativas que conforman el proyecto de *Sociedades americanas*, tomando en consideración las dimensiones y demás características originales. A su vez, cada volumen

está precedido por un estudio preliminar a cargo de distintos integrantes del grupo de investigación; respectivamente: Freja Cervantes, Rafael Mondragón, Guadalupe Correa, María del Rayo Ramírez y Daniela Rawicz. Interesa señalar que hubo otra tentativa de Rodríguez, datada en Lima (1831). Fue la más frustránea de todas, puesto que no pasó de un “prospecto” orientado a captar potenciales suscriptores. La importancia de dicho prospecto no puede minusvalorarse, puesto que contiene lo más parecido a un índice/plan general de la obra que ha llegado hasta nosotros. Por fortuna, fue incluido por Rodríguez en la tentativa subsiguiente (Concepción, 1834). El análisis del índice/plan de 1831 ha sido la brújula que orientó al grupo en sus pesquisas y en sus decisiones relativas a la delimitación del conjunto textual. Dichas decisiones retoman, profundizando y precisando, una serie de pistas ofrecidas en la década de 1950 por el erudito de origen catalán Pedro Grases. Precisamente, el volumen restante ofrece una explicación del sentido y la naturaleza de la edición, así como de los criterios seguidos para formar el conjunto: lleva la firma conjunta de María del Rayo Ramírez, Rafael Mondragón y Freja Cervantes. Quienes se interesen en esta faceta debieran consultar también un artículo previo de Rafael Mondragón, titulado “Hacia una edición crítica de *Sociedades americanas...*” (En *Utopía y praxis latinoamericana*, núm. 75, 2016). La lectura atenta de estos materiales, complementada con la de los estudios preliminares específicos de cada tomo, permite hacerse una idea adecuada no sólo de las peri-

pecias de Rodríguez y de sus “papeles”, sino además de las características y las aportaciones de esta edición en relación con las precedentes, a las que, sin duda alguna, supera ampliamente. Importa consignar que el grupo de investigación anuncia la publicación, como obra independiente, de un estudio de la tradición crítica rodriguista en el siglo XX, donde seguramente quedarán aún más claras las fundamentaciones y explicaciones ofrecidas en los textos recién referidos.

Los aportes de la edición son múltiples. El principal es, sin duda, el de haber tornado asequible el conjunto en una versión perfectamente legible y respetuosa de las características formales originales, tan importantes en este caso. Más en particular, interesa poner de relieve dos decisiones muy importantes: la de presentar por separado las tentativas de 1834 y 1840, respetando su individualidad y destacando sus particularidades, y la de integrar al conjunto la *Crítica de las providencias del gobierno* de 1843.

La aproximación historicista a las obras e itinerarios intelectuales permite apreciar el dinamismo de las tramas de sentido, su inscripción en los distintos contextos, las tensiones que tienen lugar entre el afán de un pensador por permanecer fiel a sus propósitos y la necesidad de ajustar sus posiciones a los cambios contextuales. De lo que se trata es de obtener una imagen más vívida y plena del trabajo ideológico-cultural. Válidas en general, este tipo de consideraciones son todavía más pertinentes para casos como *Sociedades americanas*, proyecto dilatado-obra inconclusa, según venimos diciendo.

Contar con aproximaciones rigurosas y sensibles en términos históricos es condición indispensable para que nuestros clásicos no queden reducidos a la penumbra del olvido o a clisés que los fosilizan.

Retomando categorías forjadas por Reinhart Koselleck, Paul Ricoeur recomendaba determinar nuestras esperas e indeterminar nuestra experiencia; invitaba a reabrir el pasado, a reavivar en él las potencialidades incumplidas, prohibidas, incluso destrazadas. El nombre de Simón Rodríguez es uno de los que mejor emblematiza las potencialidades incumplidas y las promesas irrealizadas de nuestro siglo XIX. Si es cierto que, como ha sugerido León Rozitchner, su itinerario puede interpretarse como el triunfo de un fracaso ejemplar, también lo es que para ver ese fracaso, esa ejemplaridad, ese triunfo, es imprescindible asomarse al proceso creativo de Rodríguez, a los desgarramientos que supuso. Para eso, para asomarse y ver, se requiere contar con ediciones bien establecidas. Otros de sus escritos, como *El Libertador del Mediodía de América* —más conocido como *Defensa de Bolívar*, que contiene también la “Nota...” sobre la experiencia en Chuquisaca—, no presentan, hasta donde sabemos, tan ingentes desafíos desde el punto de vista editorial. Ahora contamos, por fin, con una edición cuidada de *Sociedades americanas en 1828*, su proyecto mayor. No hay otra reacción posible que la de agradecer y celebrar.

Andrés Kozel
CONICET / LICH-UNSAM,
Argentina

Catherine Coquery-Vidrovitch.
Les Routes de l'esclavage: histoire des traites africaines : VIe-XXe siècle. Paris: Albin Michel, 2018. 281 pp.

Al reconocer la definición, representación, y lucha de los esclavos a lo largo de la historia, la academia reconoce y visibiliza la opresión vivida en las colonias europeas. De la misma forma, se crea la posibilidad de seguir estudiando estas dinámicas desde perspectivas nunca antes manejadas. El libro *Les Routes de l'esclavage: histoire de traites africaines, VIe-XXe siècle* de Catherine Coquery-Vidrovitch, permite conversar con ese pasado oculto, que algunos deciden ignorar. Este libro ofrece una conexión directa con el documental *Les Routes de l'esclavage* dirigido por Daniel Cattier, Juan Gélas, y Fanny Glissant.

La autora enfatiza desde el principio de su obra que el propósito es presentar una síntesis con fines pedagógicos y/o de divulgación. Por esta razón, este libro se puede considerar como una excelente fuente bibliográfica para aquellas personas que no son expertas en el campo. Coquery-Vidrovitch propone una perspectiva que comienza en la África subsahariana para luego conectarse con el Caribe, olvidando los sucesos vividos en las colonias españolas. Para los estudios hispanos, esta obra ignora textos fundamentales como *Autobiografía de un esclavo* (1937) de Juan Francisco Manzano. Lastimosamente, este suceso permite que la historia se siga contando desde referencias europeas como la *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano* (1789)